



POESÍA

TENGO UN CIELO EN LA COCINA



LAURA ELENA CARNOVALE



Carnovale, Laura Elena

Tengo un cielo en la cocina / Laura Elena Carnovale. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ruinas Circulares, 2017.

Libro digital, PDF - (Torre de Babel / Patricia Bence Castilla)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-3613-73-9

1. Poesía Argentina. I. Título.

CDD A861

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

DICIEMBRE 2015

Diseño de tapa: *Florencia Biondo*

Cuadro de tapa: Anna Ancher- (Dinamarca,1859)

Contacto con la autora: lecarovale@yahoo.com.ar

Ediciones Ruinas Circulares
Directora: Patricia Bence Castilla
Aguirre 741 - 7º B
(1414) Buenos Aires
E-mail: info@ruinascirculares.com
www.ruinascirculares.com

LAURA ELENA CARNOVALE

TENGO UN CIELO EN LA COCINA

-POESÍA-

COLECCIÓN TORRE DE BABEL

ediciones ruinas circulares

a

Ramiro y Feliciano

día 1

No soy de ninguna parte.
Mi patria es el espacio que construyo
entre domingo y domingo
entre el mate y la noche.
Tengo orfandad de vuelo
y devoción por las ventanas.

No soy de ninguna parte.
Vengo del vientre y del deseo.
Mi infancia tiene el mismo olor a laurel
que cualquier infancia
el mismo sol
el mismo barro.
Algunas veces la niña llora
en el vértice opaco de la tarde.

De vez en cuando quiere salir.
De vez en cuando no quiere.

Otras veces el cielo se mete en la cocina,
entonces mi casa también es un lugar
suspendido
en ninguna
parte.

día 2

Abre las ventanas y pone a andar la casa.

Ceba un mate

otro,

otro.

Ceba uno más

y ceba otro,

y se va ella

escurriendo sobre la mesada

entre los platos de la noche

mientras se pregunta

y se contesta:

¿Por qué las casas tienen ventanas?

Porque las casas miran desde adentro.

día 3

Se quiebra el vaso contra el acero.

Pedazos de vidrio

pedazos de almuerzo y de siesta

fragmentos de tarde

astillas de cena

en la pileta de la cocina.

Los reconozco

los palpo y los junto

y me corto

y los tiro.

Pedazos de día

en el tarro de la basura.

Pedazos de nada.

día 4

No hay bocado que me sustente el deseo.
Ni palabras para ponerlo en la mesa.
Sin embargo atraviesa el techo de la cocina
y la inunda.
Lo escondo, bajo el mantel del mediodía,
antes que me moje la cara.
Y busco pañuelos,
algunos,
por si acaso el deseo llueve
otra vez.

En la calle, el cielo tiene el color de las ollas viejas.
En mi silla, el cielo es negro.

Algunas gotas
caen.
Algunas
gotas.

día 5

“la tierra acuchillada no sangra”

Daniela Pascual

Puedo dejar eso que no soy en algún lugar
lo acomodo con cuidado
lo lustro
lo vuelvo a acomodar
lo miro,
o puedo arrojarlo contra la pared
y entonces estalla en diminutas vaciedades.
Infinitas partículas de no ser
se pegan a los vidrios.

Rojo es el final de la tarde
que se cuela entre los paños de la cortina.

Qué absurdo es creer
que la nada no sangra.

día 6

A veces tengo esa absoluta sensación
de botella vacía.

Ni vaso, ni copa, ni jarra.

Botella.

A medio ser.

Me persigue esa evidente sensación
de botella vacía,

sobre todo en las mañanas

Botella de plástico.

¡Quisiera romperme!

Pero no:

me abollo,

me retuerzo,

me comprimo.

me estiro,

me soplo,

me reciclo.

Una y otra vez,

con la frecuencia del círculo

o la rueda.

Penosa, es la vida de botella.

Vacía plasticidad llenando espacios.

Después, nunca es igual.

Día 7

Hay días en que no encuentro las palabras
y parecen haberse ido con el último
enjuague del lavarropas.

Hay otros días en que las encuentro en todas partes
pero la ropa sucia no puede esperar.
Las palabras también tienen urgencia.
La ropa sucia no lo entiende.

día 8

Absoluta es la soledad de la gota
que se evapora en el fondo del vaso.

Soledad de final del trago
de última lágrima.

Nadie se ahoga en un vaso vacío.

Hace falta ser gota.

Gota sola.

A veces
la trago,
a
veces
me
e va po ro.

día 9

Destapar la olla y que el vapor
no me cierre los ojos.
Parece simple,
solo hace falta correrse hacia atrás
hacia atrás
un poco más.

Pero miro
y al mirar
se me evapora un poema en la cara.

Agua y palabras me queman.

día 10

La que soy
la que no soy
la que quisiera ser
todas giran en el agua
me quema ese absurdo punto de ebullición
y quisiera salir disparada
pero un desesperado empeño por ser admitida
destapa la olla.

Ante estas catástrofes
poco se puede hacer
por uno mismo.

día 11

Una palabra
se fue por la ventana
La vi elevarse entre los techos
recorrer la cuadra, doblar la esquina
hasta perderse hacia el final de la calle.
Sin embargo
Vuelvo a buscarla, mientras tanto,
entre los platos y los hijos
las sábanas
y la siesta.

Ciertamente ella conoce
el camino de regreso.
Las palabras siempre atraviesan mis ventanas.

día 12

Hoy quisiera despertar hoja
apenas tomada de la rama más alta del plátano
ligera hoja, café con leche,
delgada lámina que no ofrece resistencia
al parpadeo insolente del viento.
Hoy quisiera despertar hoja y desprenderme
con la sutileza de la espuma,
caer
y bailar la danza de abril en la plaza del pueblo.
Pero soy raíz y grito
rasgando las baldosas de la vereda.

Esta mañana,
despertar hoja sigue siendo improbable
tanto,
como el vuelo del árbol.

día 13

Solo algunas letras en el teclado
el ruido de la gotera sobre el acero de la cocina
el ruido de los dedos sobre las teclas
la lluvia que no cesa
hace días que las palabras
me mojan la comisura de los labios.

Babeo palabras insulsas.

Tragar no puedo.
Escupir no puedo.

día 14

Inútil
como un grano de arroz
en el centro del plato
nacarado y tierno
pequeño y solo

ojo de arroz
lengua de arroz
dedo de arroz

mínimo grano
desnudo
en el centro del plato.

día 15

Preparé la comida
es abundante y sabe bien
pero mejor sabe
un cigarrillo en mi boca.

Tomo la fuente de acero
y me miro.

Hoy también detesto
los surcos que dejó el humo
sobre mis labios.

Es breve el tiempo de la comida en la mesa.
Es largo el tiempo de las manos en la cocina.

día 16

Tu cara es el espejo que detesto.
El tiempo arremetió con ganas en mi cara
y supe ver que no era sutil
el surco de mi entrecejo.

No quiero que me mires así.
No quiero que me muestres
lo que no quiero ver.

día 17

Puedo sentir el calor de la luz en el ventanal.

Puedo rozar la tarde,
tan sólo,
con las yemas de los dedos.

Adentro
hay una mariposa
intentando romper el vidrio con las alas.

día 18

Lleno el balde hasta el borde
pero rebalsa
y no puedo evitarlo
como tampoco puedo evitar
derramarme en el piso.

A veces es mejor ser agua
y correr.

día 19

Puedo pisar con los pies desnudos la gramilla.
Hundirlos hasta sentir la humedad de la tierra
y desarmar
la perfecta trama verde del patio.

día 20

Escribo.

Un delgado hilo de luz
parte la mesa.

Todo lo que no quiero decir
cae.

Irremediablemente.

día 21

Amaso el pan y espero
que la levadura haga su trabajo.

Blando y blanco bollo sobre la mesada.

Mezcla cubierta que fermenta.

Soy pan
que espera ser.

día 22

Las tazas están ordenadas
Los cubiertos, los vasos, los platos
unos sobre otros.
Todo en su sitio.

Las palabras encuentran lugar
entre el olor a tomillo y laurel
de la comida del domingo.

Y perfuman la casa.

día 23

Mostrar la lengua
mostrar los dientes
mostrar el ojo
y esa gota que
baja
hasta
el
cuello
y no encuentra dónde seguir.

La vergüenza no tiene cauce
y como la gota
se queda prendida
a la solapa de mi abrigo.

día 24

Pasan
las palabras
pasan
como los repetidos álamos
al costado del camino
como una hilera
de obstinadas hormigas
como las horas últimas
pasan
y yo
que no puedo tocarlas
ni siquiera con los ojos.

El pensamiento es un cuenco vacío.
Un mudo universo.

día 25

En cerco la madre selva lo envuelve todo
el blanquísimo jazmín,
los brotes de la hiedra recién nacida.
Y los pájaros atraviesan el parque.
Y el silencio atraviesa mis ojos.

Busco ese remolino
ese movimiento de la sangre.

De la medida no vienen las palabras.

día 26

La siesta trae sol y otras cosas.

Hay una pequeña verbena
en el baldío.

Un ramillete lila
que se abre entre el pasto puna y la arena.

La belleza siempre encuentra un lugar
para encender lo opaco.

día 27

Ser la luz
que recorta el ciprés
en los últimos minutos de la tarde
y lo corona.
Ser el viento de octubre
que sacude las ramas
y abre las puertas.

Ser ese pájaro
el que elige caminar por el patio
o la gota que horada la tierra
con persistencia.

Que me vean fragmentada
cuando llegue la noche.
Que me oigan entre los álamos
como si fuese lluvia.

día 28

Las felicidades
se me anunciaron
como pequeños faroles
alumbrando la calle.
Mínimas.

Las vi en mi vaso, flotando
como hojas
como un barco minúsculo
en la inmensidad.
Las vi en los viajes,
en los surcos,
en el cordón de la vereda.
Entre los dientes de los que ríen,
en las fotografías,
en un libro.

Las vi sobre la albahaca, sobre la ropa limpia
y los cactus.
Multiplicadas
como estrellas, como panes.

Hace tiempo
que dejé de buscarlas.
Ellas igual se revelan,
como los brotes a la luz.
Y basta mirar solo un poco,
para saber
que también florecen.

día 29

Planté fresnos en la vereda.
solo para verlos amarillos en otoño.
Planté un ceibo junto al alambrado
para que sus flores sean la cortina de mi cuarto.
No me pertenecen
ni las hojas ni las flores

pero es mío el color
el marco
la ventana.

día 30

Hay un punto quebrado en el papel

lo miro

me mira

me acerco

se acerca

me hundo

me traga.

Escribo una primera palabra.

Después otras.

Todas juntas

me muestran bien ligera de ropas.

día 31

Cuando las paredes ya no contuvieron
ni apretaron.

Cuando se hizo más ligero aún el aire
un perfume, siempre conocido,
se pegó a las cosas
como se pega a la piel, lo cotidiano.

Y no hizo falta abrir las ventanas
ni volar el techo
para sentir el cielo
sobre mí.

otro día,
(*cualquier día*)

Blanca es la pared
nueva y blanca
blancas las cortinas
el piso aún más blanco
blanca la cocina.

Apago la luz
y escribo.



Tengo un cielo en la cocina - Interesante el juego que hace con las diferentes texturas de esta cocina - mundo donde transcurre un mes y un día, *Mi patria es el espacio que construyo entre domingo y domingo entre el mate y la noche*, dice Laura Carnovale, ciclo que, de forma circular, pareciera estar predispuesto a recomenzar todo el tiempo. Jugar con el espacio y el tiempo, interesante y sensible manera de pensar la vida desde una cocina aséptica, incolora, los grises y las transparencias y la gota de sangre de cuando el vidrio estalla. Y más allá, por la ventana, *el cielo tiene el color de las ollas viejas*.

Laura habla de la sensación de botella vacía *me abollo, me retuerzo, me comprimo, me estiro, me soplo, me reciclo*. Curiosa manera de nombrar el spleen, el vacío, la nada.

Esta constante búsqueda de las palabras que designen no es sino la búsqueda de la escritura, *Solo algunas letras en el teclado el ruido de la gotera sobre el acero de la cocina el ruido de los dedos sobre las teclas la lluvia que no cesa*.

Laura Carnovale nos desliza este libro interesante, cargado de significación, sutil, *Amaso el pan y espero que la levadura haga su trabajo*. Bienvenida, Laura, desde ese espacio de cocina, donde con este libro iniciás tu camino literario. *Soy pan que espera ser*. Te imagino escribir después de que la casa se acalla y cuando todo está en su lugar.

María Lyda Canoso

